

PENÍNSULA ODISEAS

Antonio Pampliega

Las trincheras de la esperanza

Alberto Cairo: el hombre que reconstruye vidas en Afganistán



Las trincheras de la esperanza

Antonio Pampliega

Alberto Cairo: el hombre que reconstruye
vidas en Afganistán

© Antonio Pampliega, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO • fotocomposición
LIBERDÚPLEX • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 18.836-2018
ISBN: 978-84-9942-732-4

ÍNDICE

Prólogo	11
1. El niño de cristal	17
2. Alberto Cairo	25
3. Enemigos a la fuerza	53
4. El mendigo de Kabul	61
5. Los hijos de Gengis Kan	73
6. El hombre del garfio	83
7. Rebelde con causa	93
8. Estudiar en la oscuridad	105
9. La oscuridad en Afganistán	115
10. La silla de madera	141
11. Los últimos muyahidines	151
12. De la esperanza a la desilusión	163
13. La tierra de los hombres sin pierna	185
14. El opio del pueblo	199
15. La locura de la guerra	211
16. La sonrisa de Mazar i Sharif	223
17. Los niños perdidos	235
18. Una historia de amor. ¿O no?	247
19. Salvad a las niñas afganas	253

20. Entre el fuego y el abismo	263
21. Una bala perdida...	277
22. La suerte de poder elegir	287
23. El viaje	291
24. Los perros están luchando	299
25. Afganistán tiene nombre de mujer	307
26. Un futuro incierto	315
Agradecimientos	325

EL NIÑO DE CRISTAL

Fide Mohammad mira ensimismado, a través del enorme ventanal de la sala de rehabilitación, la primera nevada del invierno. Un fino manto blanco va cubriendo los setos, el suelo, los tejados de los edificios colindantes... La nieve se ha hecho de rogar. Demasiado. Hace décadas, a estas alturas, Kabul ya estaría completamente cubierto de nieve. Cosas del cambio climático.

En el patio exterior se oyen risas histriónicas. Un grupo de niños se persiguen de un lado a otro. Los pequeños hacen buen uso de su juventud para zafarse de los proyectiles que lanza el enemigo. Es una guerra de bolas de nieve en toda regla. Los muchachos rebañan la masa blanquecina de cualquier lugar, por muy recóndito que sea. Aunque esté mezclada con barro. Todo vale con tal de acertar al objetivo. Amasan la nieve hasta darle una forma redondeada, perfecta..., y ¡zas!, bolazo en la espalda. Risas y más risas.

Fide, cabizbajo, baja la mirada. Se observa las manos. Están cubiertas de gasas y vendajes. Donde antes tenía dedos ahora solo tiene muñones. Suspira con pesar. La tristeza recorre su enjuto cuerpo. Si pudiese, lloraría, pero hace tiempo que se le secaron las lágrimas. Solo puede guardar silencio y soñar. Soñar

con ser diferente. Soñar con una vida en la que no esté condenado a vivir en una silla de ruedas.

—La vida es algo dulce —dice haciendo un gesto con la cabeza para señalar al exterior—. Pero para mí es un castigo.

»Esta es la vida que me ha tocado vivir a mí. Obviamente, me gustaría tener una vida distinta, pero esta es la que me ha tocado. Hablo con Alá todos los días y lo único que le pido es que me cure. Pero creo que me ha castigado. Quizás piense que he hecho algo malo y que por eso tengo que cargar con este sufrimiento. Sin embargo, es Él quien decide y yo solo puedo acatar su decisión... —susurra apesadumbrado—. Sueño con poder curarme... y poder caminar. Con correr, jugar, ser un niño —afirma levantando, nuevamente, la cabeza para mirar al grupo de niños que juegan en el exterior.

No, Fide no sufre la ira de Alá. No. Solo tiene diecisiete años y no ha tenido tiempo material para haber hecho algo tan malo como para ser castigado por ello. Fide está enfermo. Padece una rara enfermedad conocida popularmente como piel de mariposa o piel de cristal (epidermólisis ampollar). Su piel es tan delicada que al menor contacto físico se le desprende causándole heridas y ampollas. Un abrazo, una caricia o un simple beso pueden ser un suplicio para él.

Fide lleva pantalones anchos y una túnica por encima. Es el *salwar kameez*, típico de Afganistán y Pakistán. En su caso es de color grisáceo. Una fina manta rosa cubre sus piernas. Un grueso abrigo le protege el cuerpo del frío. Tiene el cuerpo cubierto por gasas y vendajes, pero con la ropa lo disimula. Fide sufre su enfermedad en silencio. Sin embargo, lo que más le duele no son las llagas ni las ampollas ni haber perdido los dedos en manos y pies. No. A este joven afgano lo que le duele es la repulsión que provoca en los demás.

—La gente me tiene miedo. Piensan que soy un monstruo, y eso me duele. Casi no tengo amigos porque sus padres

no les dejan acercarse a mí por miedo a que los vaya a contagiar —se sincera.

Fanático del fútbol, y en especial del equipo del Barça, no se pierde ni un solo encuentro. Los días en que hay partido son sagrados en casa. Se reúne con sus hermanos y su padre delante del televisor para ver a Messi y compañía.

—Me hace feliz. Es uno de los mejores momentos de la semana. Me dan envidia los jugadores, pero no por ser famosos o por tener mucho dinero, sino porque pueden correr, y yo nunca podré hacerlo —reconoce el pequeño con una mueca de abatimiento en la comisura de los labios—. Me encantaría jugar al fútbol. Nunca lo he podido hacer. Cuando aún tenía dedos en las manos, mis padres me sentaban en el suelo de la casa y movía mis coches de plástico... Hace tanto tiempo de eso —suspira.

Fide necesita la ayuda de dos personas para caminar y mantenerse erguido, porque él solo no puede.

—Me paso el día sentado en la silla de ruedas o en el suelo. Esa es mi vida.

Bibi Ghul, su madre, observa a su pequeño a través de las celdillas del burka. Siente la pena de su hijo como propia. Se siente culpable. Se fustiga con ello cada día. Cada vez que contempla cómo una profunda tristeza embarga a Fide al ver que los demás niños pueden jugar y él, por el contrario, se tiene que conformar con mirar por una ventana o en la distancia. Aun así, sostiene:

—Prefiero ver así a mi hijo, aunque sea sufriendo, que tener que llorar su muerte.

»Me siento responsable de Fide. Mi obligación como madre es cuidarlo. Me siento muy orgullosa de hacerlo. Me desvivo por él. Daría la vida por mi pequeño. Tengo otros cuatro hijos más, pero él es especial —afirma la mujer, cuyo rostro queda oculto por la tela azulada, aunque no hace falta verla para saber que llora de pena.

Esta mujer, que no sabe leer ni escribir, invierte todos los días entre dos y cuatro horas en realizar las curas a Fide:

—Yo lo lavo, le cambio las vendas, lo visto... Lo hago yo porque no quiero que mi marido vea a su hijo en estas condiciones. Él tiene un problema de corazón y diabetes, y sé que la enfermedad de su hijo lo está matando poco a poco.

—Para mí, mi madre es toda mi vida —apunta Fide, volviéndose para mirarla y sonreírle.

La templanza, la sinceridad y la empatía se desbordan en este joven. Tiene motivos más que suficientes para mostrarse huraño, distante, seco y cortante, y para estar enfadado con el mundo, pero en su caso no ocurre así. Su sonrisa es sincera y su mirada transparente. El joven transmite una paz infinita.

—Con doce años comencé a perder los dedos de las manos, y poco tiempo después me sucedió lo mismo con los de los pies. No entendía qué me estaba pasando. Lloraba. Lloraba mucho. Ahora también lloro porque sé que nunca me voy a poder curar de esta enfermedad —cuenta Fide.

Cuando Fide apenas tenía cuatro meses, tuvo lugar la invasión de Afganistán. Era octubre de 2001 y la Administración Bush buscaba *vendetta* por los atentados del 11 de septiembre. El responsable intelectual de aquel histórico ataque, Osama Mohammed Bin Laden, se escondía en el país centroasiático protegido por los ultraortodoxos del Mulá Omar: los talibanes. El mundo ponía en el mapa a Afganistán.

Pero para Bibi Ghul y Fide comenzaba su calvario.

—Los aviones de los extranjeros empezaron a bombardear cerca de nuestra aldea porque allí había talibanes. No sé si las bombas tenían productos químicos o veneno, pero una noche a Fide le salieron ampollas en las manos. Siempre había sido un bebé muy sano. Se alimentaba bien, bebía agua hervi-

da... Mis vecinos dijeron que la culpa la tenían las bombas de los extranjeros, y quizás tenían razón. En mi familia nunca nadie ha presentado una enfermedad así y en el pueblo ningún otro niño enfermó, solo Fide —se lamenta.

Con la aparición de esas primeras ampollas, se inició el periplo de médicos de Bibi y su marido. Los doctores les daban medicinas y les decían que las heridas desaparecerían con el tiempo, que era solo una infección. Que tuvieran paciencia. Pero Fide nunca se curaba; al contrario, iba a peor.

—Íbamos cambiando de médico. Probábamos con todas las medicinas habidas y por haber, y nada... A los cuatro años decidimos viajar a Irán. Allí nos dieron unos medicamentos que sí que hicieron efecto. Durante unos pocos meses logramos controlar la enfermedad, pero se nos acabaron las medicinas y el dinero... y no pudimos hacernos con más —confiesa la mujer.

El tratamiento médico para los pacientes con piel de mariposa es muy costoso. Para curar las heridas y las llagas no sirve cualquier apósito ni venda. Todo lo que lleva adhesivo provoca en el paciente la pérdida de piel, además de producirle un terrible dolor. Por eso se requiere material muy exclusivo que puede costar mensualmente entre ochocientos y mil euros (sin contar los medicamentos). Bibi Ghul dedica todo su tiempo al cuidado del pequeño. Su marido, por culpa de su enfermedad, no puede trabajar. El único dinero que reciben es la limosna que les dan los vecinos, pero es insuficiente para pagar los medicamentos y los apósitos y para alimentar a siete personas (los padres y los cinco hijos).

—Por eso no podemos pagar las medicinas porque, de lo contrario, no podríamos comer.

Después de gastarse todos los ahorros, la única alternativa que le quedaba a Bibi Ghul era recorrer los cien kilómetros que separan su aldea, en la región de Baglam (al norte de Ka-

bul), de la capital y peregrinar por todos y cada uno de los hospitales de la ciudad pidiendo vendas y medicinas para Fide.

—En uno de los hospitales nos hablaron de este sitio... Nos dijeron que aquí nos podrían ayudar, y desde 2005 venimos cada poco tiempo —apunta la mujer.

El «sitio» al que se refiere Bibi es el centro ortopédico de Cruz Roja en Kabul. Su primera visita fue en 2009.

—Habíamos dejado de creer en los médicos y en la medicina. Hasta que llegamos aquí. Un doctor extranjero, muy alto y delgado, se acercó a Fide y estuvo hablando con él en nuestro idioma. Bromeó con él, hablaron de fútbol. Pensé que estaba loco. Sin embargo, al rato uno de sus ayudantes nos trajo una silla de ruedas. Nosotros no teníamos dinero para pagarla, pero nos dijo que era totalmente gratis. Para que Fide pudiera hacer una vida normal —confiesa. Hasta ese momento, Bibi había tenido que cargar con su hijo en brazos de un lado a otro—. La silla nos ayudó muchísimo porque ahora él ha crecido y pesa mucho. Ya no podría cargar con él. Sin esta silla estaría todo el día tumbado en la cama o gateando por el suelo sin poder salir de casa... —admite Bibi Ghul.

Han pasado ocho largos años de aquel día. Y Bibi aún recuerda a aquel médico extranjero.

—Nos cambió la vida —dice agradecida. Gracias a esta silla de ruedas, Fide puede ir todos los días a la escuela de su pueblo a estudiar.

—Es uno de los momentos que más disfruto. En el colegio me siento bien estando con los otros niños. No se meten conmigo ni me insultan. Al contrario, pero me pone triste saber que sus padres no les dejan ser amigos míos por mi enfermedad.

Fide guarda silencio y observa cómo un joven, con ayuda de dos muletas, camina con dificultad y muy despacio por el centro de la habitación. No debe de tener más de veintidós

años. Por pierna izquierda lleva una prótesis de plástico. Una mina antipersona se la cercenó de cuajo mientras pastoreaba con sus ovejas por las montañas de las afueras de Kabul.

—Cuando vengo a este centro tengo un sentimiento de esperanza y un poco de consuelo porque veo a gente peor que yo que vuelve a caminar, y eso me hace no perder la fe —afirma Fide, quien en su fuero interno sabe que jamás podrá volver a caminar.

Me quedo con su fuerza por superarse cada día. Con sus ganas de vivir y de disfrutar de la vida. Con su ilusión de ir cada mañana al colegio. Fide tiene dieciséis años... La mayoría de los enfermos de piel de mariposa no cumplen los veinte. Él sabe que su tiempo se está agotando, pero está en paz consigo mismo y con el mundo. Su coraje es estimulante. ¿Quién me iba a decir que la primera lección de vida en Afganistán me la daría un crío?